

GÉNESIS

JAVIER GARCÍA MARTÍNEZ



Primera edición: Septiembre 2018

Textos

Javier García Martínez

Diseño

Akane Studio

Edita

Unaria ediciones

www.unariaediciones.com

hola@unariaediciones.com

ISBN

978-84-948555-8-0

Depósito legal

CS 979-2018

© De los textos: su autora o autor

© De las imágenes: sus autoras o autores

© De esta edición: Unaria ediciones

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (artículos 270 y siguientes del Código Penal).

*A mi madre, María Magdalena,
porque siempre ha sudado azahar.*

GÉNESIS

JAVIER GARCÍA MARTÍNEZ

PRELUDIO

Me entregaron a Dios sin yo quererlo, después de haber tenido que soportar insultos tan despreciables como «puta». ¡No! No es justa esa palabra, porque yo estaba enamorada de un hombre al que mis padres no eligieron. Un joven apuesto, honrado, educado y, en realidad tan pobre que sus duras jornadas de campo apenas le daban para comer. Aunque a mí no me importó, ellos no pensaron lo mismo y quisieron quitar a Rafael de mi camino. Primero le dijeron que me habían prometido con el hijo de don Javier Rojo, el propietario de «La Alacena», la mayor fábrica de azulejos de la comarca, y es cierto que lo intentaron en más de una ocasión. En un principio mi amado se mostró decepcionado, pero, al enterarse de que yo no consentí ese enlace, logró sacar el valor suficiente para seguir luchando por mí. La segunda vez que pretendieron separarnos fue mucho más violenta. Ocurrió después de que nuestros corazones furtivos se amaran en secreto; el clímax nunca llegó, pues nos encontramos bajo el cobijo de un enorme naranjo, mientras dos cuerpos sedientos de amor se intentaban unir en un solo ente. Un primer disparo interrumpió nuestro deseo; el

segundo fue a parar a la pierna de Rafael, mientras semidesnudo huía a través del campo. Al día siguiente, mis lloros no sirvieron para limpiar mi honra, y mi familia me relegó al olvido con tan sólo diecisiete años. Creyeron que mi penitencia serviría para limpiar la enorme vergüenza, que según ellos, había hecho sufrir a la familia. Tras mi última lágrima y sin el perdón de mis padres, todo me dio lo mismo, porque al séptimo día de ingresar en el convento encontré mi liberación; la génesis de la felicidad.

EPISODIO I

Siempre me gustaron los animales, especialmente los caballos. Me daba mucho miedo montar en ellos, hasta que a mi padre se le ocurrió la genial idea de regalarme uno. Su obsequio no fue un equino cualquiera, me compró un auténtico arábigo de color negro, al que él mismo se encargó de bautizar: Xaloc. Presumía de ello; a sus amistades más cercanas les decía con vanidad y entre risas que le había costado un millón y medio de pesetas. Su chulería se solapaba bajo el espeso y castaño bigote que lucía con orgullo. Era dueño de numerosas tierras de cultivos en La Plana, y solía alardear de su riqueza. A mi madre le gustaba seguirle la corriente en ese juego pretencioso. No le importó convertirse en una muñeca en las manos de un titiritero que dirigía en todo momento la función familiar. Ella nunca me dio pena, pues logró ser lo que siempre había deseado, pero yo tenía claro que no quería seguir sus pasos.

A las pocas semanas de tener a Xaloc ya sabía montar de manera correcta. El enorme tamaño del animal hizo que mi temor persistiera, aunque, poco a poco, logré combatir ese miedo y galopar. Pronto descubrí que sentir el viento gol-

peando mi cara mientras cabalgaba era un verdadero placer, y que, gracias a él, encontré a una persona muy especial. Recuerdo aquella tarde muy bien: viernes, 17 de enero de 1975. Mi padre se empeñó en que debía exhibir en público su lujoso regalo, así que lo acicaló con las mejores galas para que pudiera asistir junto a otros respetados jinetes de la localidad al desfile anual de San Antonio. No valió nada oponerme; aquello me pareció otro de sus estúpidos espectáculos a los que, por desgracia, ya me había acostumbrado. También se las ingenió para que acudiera al evento con Vicente; se había empeñado en esposarme con él, hijo de un importante y respetado empresario. Aunque era muy guapo y mi madre solía decir que me considerara afortunada porque se había fijado en mí, toda esa belleza de una combinación perfecta de ojos, nariz y labios se perdía cuando abría la boca para hablar. Está muy feo que lo diga, pero me pareció un cretino como mi padre, por eso congeniaron de maravilla.

Lo que empezó siendo una bonita tarde de invierno en un lustroso evento social, pronto se convirtió en algo más doloroso. Tras finalizar el desfile en el que participaron numerosos vecinos, con sus animales, todo el mundo se dirigió a la Plaza Mayor. Allí una enorme pila de troncos esperaba a que alguien le pegara fuego para continuar la fiesta. Vicente y yo nos apartamos un rato del gentío. Acudimos hasta el abrevadero que había en la calle de la Morería, apartado unos centenares de metros de la plaza, donde la luz de las farolas apenas llegaba y nuestros caballos se refrescaban tranquilamente en la penumbra. Él se aprovechó del silen-

cio, la soledad, y el húmedo frío de invierno que intentaba castigar los huesos de todo aquel valiente que permaneciese en la intemperie. La situación le resultó favorable: mientras yo acariciaba a Xaloc, se acercó hasta mí, por detrás y me abrazó. En un principio, me resultó agradable el gesto, pues me cobijaba del fresco. Poco después pude sentir la pegajosa colonia que usaba y su aliento cálido, que descansaba con cada suspiro sobre mi nuca; a continuación, un susurro un tanto canalla me hizo reaccionar e intentar deshacerme de él: «Tengo el pilón listo para que lo prendas»; jamás olvidaré tal grosería. Forcejeé para liberarme, pero mi diminuto cuerpo apenas le suponía resistencia, y eso le valió para meter su mano dentro de mis vaqueros, buscando un premio que no se merecía. Cuando noté sus dedos en el algodón que cubría mi intimidad, supuse lo peor. No sé lo que habría pasado si el ruido acelerado de una moto no se hubiera interpuesto en la situación. Vicente se detuvo al contemplar al motero. La oscuridad de la tarde ya era tan densa que no dejaba ver la apariencia del extraño. Tan sólo se vislumbraba la silueta de un hombre montado, y la punta candente de un cigarro que había encendido tras apagar el motor. Permanecía allí, distante y sin darse cuenta de que, a unos metros de él, intentaban someterme a un asqueroso juego. Tras unos minutos, Vicente se olvidó de aquel tipo y se centró de nuevo en mí. Sus brazos seguían cubriéndome por completo, mis movimientos apenas servían para escabullirme de él. Su excitación aumentaba con cada centímetro que ganaba de mi cuerpo, lo noté en su abultada entrepierna sobre mi

trasero. Cuando una de sus manos intentó entrar en el lugar que yo no quería, solté un fuerte grito que alertó al desconocido que permanecía fumando. Pude ver su figura desmontar y tirar el cigarro a un lado del camino. Después con paso ligero se acercó hasta nosotros. Me vio atrapada entre los brazos, luchando por librarme de él.

—¡Suéltala!—ordenó con voz fuerte y acento sureño.

—¡Métete en tus asuntos! —replicó mi agresor.

El extraño se aproximó con decisión, cosa que sirvió para que Vicente me soltase para enfrentarse a él. Aproveché para apartarme de ellos.

—Me has hecho desperdiciar un cigarro —respondió el hombre, cerrando el puño con fuerza y atizando con brutalidad el mentón de su adversario que cayó al suelo dolorido.

El hombre me miró, después me tendió la mano. La cogí y noté cómo tiró de mí hacia él. Caí sobre su duro y trabajado pecho. Vicente se reincorporó. Enfurecido por la agresión intentó devolver la bofetada. El hombre me apartó a un lado para protegerme. Esquivó con mucha agilidad el ataque, después volvió a usar su brazo derecho para golpear con mucha dureza el hígado de aquel canalla que mi padre había elegido para esposarme. Quedó tendido en el suelo un largo rato, sin aliento y dolorido por los certeros puñetazos. Cuando logró reponerse montó con rapidez en su caballo y huyó del lugar, no sin antes amenazarnos.

Regresó el silencio, me abalancé sobre aquel desconocido que me había salvado. Fue justo en ese momento, protegida entre sus brazos, cuando descubrí por primera vez en